

Recopilación de *Boletines informativos* editados en 1.989 sobre "*Santander en 1.900*" por la antigua correduría de seguros SEGSA, ubicada en la calle Cádiz, nº 18 en Santander.

Boletín nº 18

SANTANDER 1.900

“ EL SERVICIO DE BOMBEROS EN EL CENTENARIO DEL CABO MACHICHACO ”

Aunque existieran ya ciertos precedentes a reseñar, suelen hacerse referencias al conde de Villafuertes, en la década final del siglo XVIII, el recoger



uno de los primeros intentos de interés habidos en Santander para ir dando forma a unos incipientes servicios contraincendios.

Villafuertes procuró el incremento de la iluminación de la ciudad –que entonces contaba únicamente con una docena de candiles o faroles de aceite-, así como el establecimiento de unos mínimamente dotados servicios de limpieza. Y, junto a ello, algunos materiales apagafuegos, como una bomba de agua adquirida en Inglaterra de la que se dice que “llamaba la atención de propios y extraños”, o una cincuentena de calderos para las cadenas de vecinos que colaboraban en las faenas de extinción.



En efecto, aunque el Ayuntamiento contara con semejante partida de ingenios contra el fuego, aún no existía personal alguno destinado a tales fines, por lo que debía apelarse a las tropas y al propio vecindario. Un “campanero, semejante a lo que en Palencia llaman sereno” –se decía-, sería el encargado de celar durante la noche para dar avisos de incendios u otros acaecidos.

Ya en 1.834, e iniciada la primera guerra carlista, se forma una Compañía de Artilleros que sirve a su vez de bomberos contra incendios. Sería éste, según indicó Simón Cabarga, el primer antecedente formal sobre la formación en Santander de un cuerpo de este género. Un tambor y sesenta y cinco artilleros-bomberos componían el grueso de la Compañía. De forma tal, cuando el toque de campana anunciaba el fuego, el tambor salía tocando llamada por las calles para la convocatoria de todos los artilleros-bomberos.

Sobre la escasa consistencia de este primer intento parecen darnos pruebas las inmediatas reestructuraciones que se produjeron en años posteriores.

Es frecuente encontrar por entonces reiteradas disposiciones municipales por las que se obligaba a los vecinos a la limpieza de chimeneas, dado que se atribuía a los hollines y al mal estado de las mismas la causa principal de los muy frecuentes incendios. “Si llegasen a ocurrir casos de incendios de chimeneas por efecto de la suciedad –se decía en un bando de 1.846- el vecino pagará, además de la multa dispuesta, los premios concedidos por el

Ayuntamiento a los capataces y obreros destinados a este servicio, que concurran los primeros al sitio del fuego”.

En 1.859 el parque de bomberos se instaló en unas dependencias cedidas por el Obispado en los bajos del palacio episcopal, que estaba situado sobre el solar donde hoy existen unos cines, en la plaza de los Remedios. Dicho parque pervivió hasta 1.881, fecha en la que continuó trasladándose a otras dependencias también provisionales, comenzando por una instalación en la calle de Hernán Cortés y a la espera de la construcción de un edificio de nueva planta que será el que a fines de siglo se inicie en la calle del Arrabal.

El 3 de noviembre de 1.893 el parque de bomberos ocupaba dos locales, uno en la que entonces calle de Calderón -hoy Mola- y un segundo local en la calle de Rualasal. El cuerpo estaba compuesto por un total de 54 personas y su principal equipo constaba de cuatro bombas comunes y dos escalas.



Para alertar sobre los fuegos las señales principales eran los silbatos de los serenos, los toques de un corneta avisador que formaba parte del propio cuerpo de bomberos y, especialmente, las campanadas de las parroquias, a las que en 1.870 se les había fijado unos toques diferenciados con objeto de distinguir aquella en cuya demarcación se había producido el fuego.

La catástrofe del “Cabo Machichaco” dio lugar en nuestra ciudad a la creación de un cuerpo de bomberos único en España, un cuerpo al que, por su calidad de voluntarios, algunos años después se le concedería el título de Real Cuerpo de Bomberos Voluntarios. Nacido en 1.894, se instaló inicialmente en una planta baja de la calle de Magallanes, hasta que en 1.904 se inauguró su parque en la Plaza de Numancia que aún existe.

Pero debemos de regresar a aquella funesta tarde del viernes día 3 de Noviembre de 1.839. Ahora hace precisamente cien años, aquel vapor mercante de la Compañía Ibarra que había sido construido en Newcastle apenas diez años antes, quedó atracado en el muelle nº 1 de los llamados de Maliaño. Portando en sus bodegas 45 toneladas de dinamita, había entrado en nuestra bahía el lunes, permaneciendo cuatro días frente al lazareto de Pedrosa, ya que provenía de Bilbao, ciudad que estaba afectada por el cólera.

Los avatares de la catástrofe han sido frecuente y abundantemente referidos, e incluso novelados por el propio José María Pereda.

Hacia las cinco menos cuarto de la tarde, y después de casi tres horas sin que hubiera sido posible sofocar el fuego iniciado a bordo, se produjo aquella explosión que, como se hizo constar en una lápida colocada en el claustro de la Catedral, “causó en un instante la más horrenda ruina de hombres y edificios jamás vivida desde el principio del mundo”.

Seguramente acierta Villar Pardo cuando indica que esta expresión, aunque hoy pudiera parecerse exagerada, tal vez no lo era en 1.893, ya que la dinamita sólo había sido descubierta por Nobel veintisiete años antes, sin que hasta entonces se hubiera conocido una explosión semejante a la de Santander.

Las crónicas refieren que el incendio posterior que se extendió por algunas calles –especialmente Méndez Núñez, no exactamente la actual- no pudo ser sofocado hasta transcurridos siete días pese a contar con la colaboración de los parques de bomberos de otras provincias.



En el lugar donde estuvo atracado el “Cabo Machichaco”, frente a la actual calle de Calderón de la Barca, se inauguró en 1.896 un monumento, obra de Lavín Casalís y del escultor Pedro Folgueras, el cual simbolizó Santander en la figura de una mujer que apoyada en el escudo de la ciudad se reclina con una corona de siempre vivas en la mano.

Vicente García Gil

Colección gráfica: SEGSA